

...Si se encontraron *otra vez*

Román Eduardo Méndez
Diseño Industrial

*En memoria de Luis Alonso Torres Calzada
1990-2011*

Compañero de Diseño Industrial

— *¿Crees* en una nueva vida después de ésta?

El lo miró como si ya conociera la pregunta y como si ya el otro tuviera la respuesta. Lo extraño era que hace meses no se lo había preguntado.

Enrique era una de esas personas obsesionadas con la vida después de la muerte, alguien que sabía de memoria quiénes integraban los panteones religiosos de las más extrañas e importantes culturas antiguas.

—¿Sabías que antes la religión cristiana creía en la reencarnación? Ésta fue extirpada por el emperador Justiniano en el Quinto Concilio Ecuménico, en el año 553 me parece... en Constantinopla.

Carlos lo miró de reojo, ya sabía todos los sermones de Enrique, de principio a fin. Cuando lo conoció en la universidad nunca dejaba de hablar sobre la filosofía de Platón o de sus experiencias con el Karma. Aunque Carlos era indiferente a ello, le pareció lo más agradable esa compañía. Sobre todo cuando por un sueño de Enrique, Carlos evitó sufrir un accidente en carretera.

Carlos era un obsesionado de las carreras en motocicleta; había ahorrado años para comprarse una Fantic Motor Caballero —con



Ilustración: Arturo Torres Garduño.

ese color rojo intenso que nunca dejaba de exhibir— y soñaba tal vez un día recorrer alguna *strada* italiana en ella. No existía nada más para él, Enrique no se contuvo en nada al decirle lo que pensaba de eso.

—¿Y luego? ¿Qué harás con ella? Te niegas a dejar de comer carne, pero sí te matas de hambre por comprar algo que sólo te dará una plástica satisfacción.

—No sabes de qué estás hablando, cuando sientas su ligereza al ir sobre ella, su velocidad y al acelerarla... no volverás a decir nada.

Para Carlos recorrer las calles en su moto era una experiencia liberadora y placentera, casi espiritual. Enrique no lo veía así y por eso era despertado a media noche con los ronquidos impertinentes de la moto cuando Carlos la aceleraba afuera de su casa.

A diferencia de Carlos, que sólo se tenía a él y a su pequeña amante de dos ruedas, Enrique alcanzaba el Nirvana pensando en una tierna y menuda Selma, fanática de la literatura de Henry Miller y de Oscar Wilde así como del cine de Stanley Kubrick. Sus pequeños ojos negros le absorbían el pensamiento y las palabras. Carlos notó que en esos últimos meses parecía que los vegetales y la meditación dejaron de ser su alimento básico, incluso ahora mencionaba los beneficios de las películas americanas y la proteína animal.

—¡Despierta obeso!— le gritó Carlos a Enrique al verlo fatigado y con la frente mojada hundido en el sofá. —¿Qué, no fuiste a tu clase de yoga?



Aunque la pequeña Selma compartía sus teorías de vidas posteriores, no era tan orgánica como Enrique; era una persona más bien ahogada en el océano urbano, emitiendo señales de humo a cada minuto y con imposibilidad de ejercitarse o meditar al igual que él. Sostenía que ya la conocía, juraba haber ya ido caminando antes de la mano con ella, tener una familia y haber vivido cerca de un gran lago.

—Estoy seguro que es ella, ¡que es la única para mí!

—Sí, ya sé, me lo dices todo el día— le respondía Carlos a cada rato.

Enrique tuvo una revelación inquietante cuando soñó esta escena incomprensible: estaban él y Selma a las orillas de la ciudad, parados sobre el filo de un profundo barranco. Selma le decía que pronto estarían juntos, si cruzaba el puente que los separaba. En ese momento señaló a Carlos el cual aparecía sobre su moto. Al voltear para mirarlo, Selma surgió otro lado gritándole entre ecos: “búscame aquí en siete días”. En la tarde siguiente, se enteró del fallecimiento de Selma.

Enrique estaba destrozado, confundido, no cabía algo así en su mente. Le pidió a Carlos que lo llevara pronto a la casa de Selma para comprobarlo con sus propios ojos. Jamás se había subido en una moto, de hecho, las detestaba pero no le importó y fueron hacia allá.

—¿Pero...? ¡Pero por qué!...

—Su madre murió igual, después de nacer ella, su corazón no resistió, respondió pausadamente la abuela de Selma a Enrique.

—Pensé que era un juego, no le entendí; pensaba que era broma el que dijera que le dolía el pecho si iba a correr conmigo.

Una semana después Enrique tenía todo listo; se aseguró de que no le faltara nada, aunque sólo fuera él lo que necesitaba.

—Sí, ella me dijo siete días después y ya nada nos separará.

—Quedaste un poco dañado, sólo fue un sueño, pronto aparecerá alguien más.

—¿Sueño? ¿Como el que te salvó la vida? No, hoy tengo que estar ahí, no sé que vaya a pasar, pero ahí estaré.

Enrique salió hacia aquel barranco, llegó en su vieja bicicleta y se detuvo en la orilla, en donde Selma en su sueño le había dicho. Pasó una hora, pasaron dos: él no sabía qué hacer. De pronto escuchó un estruendo, sabía quién era.

—¿Qué, ya te regresaste?— Dijo Carlos impaciente.

—Aún no me voy. No entiendo, ya estoy aquí pero... ¿y luego?

Quedaron los dos ahí inmóviles y en silencio, Carlos se quedó dormido sobre unas rocas. Enrique estaba imperturbable hasta

que no aguantó más y rompió en llanto. Carlos despertó enojado y decidido a terminar con eso. Le dijo que se subiera a la motocicleta.

—¡No, no entiendes!

—Entiendo mejor de lo que tú crees ¿No en tu sueño se supone que te ayudo?

—¿Cómo lo sabes? Nunca te lo conté.

—Sólo lo sé, no preguntes. Además, tú salvaste mi vida, ahora me toca a mí. Y deja tu juguete ahí —señalando la bicicleta— con la gasolina recuperaremos el tiempo que perdiste.

En ese momento Enrique lo entendió todo, entendió por qué Selma en el sueño señalaba a Carlos; él sería el puente que lo conduciría entre ésta y su nueva vida junto a ella. Otra en donde finalmente estarían juntos. El motor se desbordó en un sonido brutal jamás escuchado, el suelo parecía estar liso, sin imperfecciones. El cielo, negro, se iluminó con un resplandor de luz marfileña por un breve instante. Enrique sujetó con tremenda fuerza a Carlos: “Gracias”, le dijo entre susurros. El animal metálico se elevó majestuoso sobre el mundo, desvaneciéndose se evaporó en escandalosas llamas doradas y carmines. Únicamente el tiempo dirá si se encontraron otra vez. •



Ilustración: Miguel Ángel Hernández Castillo.